

busto á las tiranías del corsé. Por el contrario, era esbelta y flexible, verdaderamente tentadora.

En el momento en que Máximo cogía aquella mano para besarla, fué cuando Eugenio vió á Máximo, y la condesa á Eugenio.

— ¡Ah! ¿es usted, señor de Rastignac? Tanto gusto en verle, dijo en ese tono tan significativo para los discretos.

Alternativamente miraba Máximo á Eugenio y á la condesa de una manera bastante significativa para decidir la retirada del intruso.

« ¡Supongo, querida, que vas á echar de aquí á este danzante! »

Esta frase era una traducción clara é inteligible de las miradas del joven impertinente altanero á quien la condesa Anastasia había llamado Máximo, y cuyo rostro interrogaba á su vez con esa actitud de sumisión que descubre todos los secretos del corazón de una mujer, sin que ella misma se dé cuenta de ello.

Un odio violento contra aquel hombre brotó instantáneamente en el pecho de Rastignac. Los rubios y rizados cabellos de Máximo le decían cuán feos eran los suyos; luego Máximo tenía botas finas y limpias, en tanto que las suyas, á pesar del cuidado que había puesto en conservarlas limpias, tenían manchas de barro; y, por último, Máximo vestía ajustada levita que realizaba su natural apostura, semejándole á una linda mujer, y en cambio él, Eugenio, llevaba, á las dos y media de la tarde, frac negro. En el despierto espíritu del meridional nació inmediatamente la

noción de la superioridad que daba el traje á aquel *dandy* alto y delgado, de ojos claros y tez pálida, uno de esos hombres que se comen con la mayor tranquilidad la fortuna de unos huérfanos.

Sin esperar la contestación de Eugenio, la señora de Restaud escapóse hacia el otro salón, dejando flotar la cola de su peinador que en sus flexibles movimientos de vaporosa tela daba á la condesa la apariencia de una mariposa; y Máximo la siguió, y tras ambos fué Eugenio, furioso. Los tres personajes se detuvieron en el centro del salón, frente á la chimenea. Sabía muy bien el estudiante que con su presencia estorbaba á Máximo, pero se había propuesto estorbarle aun á riesgo de desagradar á la señora de Restaud. Recordó de pronto haberle visto en el baile de la de Beauseant, y comprendió quién era éste para Anastasia. Entonces, con esa audacia juvenil que hace incurrir en las mayores torpezas ó que conduce á los triunfos más estu-
pendos, se dijo:

— Este es mi rival; quiero vencerle.

¡Imprudente! ignoraba que el conde Máximo de Treilles se dejaba insultar para tirar el primero y matar á su adversario. Eugenio era buen cazador, pero aun no había llegado á hacer de veintidós tiros veinte blancos en un salón. El condesito se sentó en una butaca junto al fuego, cogió las tenazas, y se puso á remover los troncos con un gesto tan violento y displicente que el hermoso rostro de Anastasia se cubrió de sombras. Volvióse hacia Eugenio, y le dirigió una de esas miradas friamente interrogativas que tan exactamente significan: « ¿Por qué no se va usted? »

y que la gente bien educada traduce por lo que podría llamarse frases de despedida.

Pero Eugenio dijo muy sonriente:

— Señora, tenía vivos deseos de verla á usted para...

Detúvose de repente. Una puertá se abrió. El señor que guiaba el tilburi apareció vivamente, sin sombrero; no saludó á la condesa, miró con recelo á Eugenio y tendió la mano á Máximo, dándole los buenos días de un modo tan fraternal que sorprendió singularmente á Eugenio, el cual, en su calidad de provinciano inexperto, ignoraba las dulzuras de ciertos tercetos cortesanos.

— El señor de Restaud, dijo la condesa al estudiante.

Eugenio hizo una profunda reverencia.

— El señor, dijo continuando y presentando á Eugenio al conde de Restaud, es el señor de Rastignac, pariente de la vizcondesa de Beauseant por los Marcillac, y he tenido el gusto de conocerle en el baile de la otra noche.

Pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por los Marcillac, estas palabras, que fueron pronunciadas por Anastasia con cierto dejo enfático, propio de toda señora que se complace en probar que sólo recibe en su casa á personas distinguidas, produjeron un efecto mágico. El conde abandonó su ademán ceremonioso y saludó al estudiante.

— Mucho gusto tengo en conocerle, dijo.

El conde Máximo de Trailles dirigió á Eugenio una mirada de inquietud y abandonó también sus modales impertinentes de hombre contrariado.

Aquel repentino cambio, producido, como por arte de magia, por la sola intervención de un nombre, devolvió al cerebro de Eugenio toda aquella lucidez que poco antes perdiera, y con ella la posesión de aquellos tesoros de ingenio que por el camino viniera acumulando. Repentina claridad iluminó la atmósfera, aún tenebrosa para él, de la alta sociedad parisién, permitiéndole orientarse. ¡Qué lejos se hallaba en aquel momento de la casa de huéspedes y del tío Goriot!

— Creía que la familia de Marcillac se había extinguido, dijo á Eugenio el conde de Restaud.

— Sí, señor, replicó. Mi tío segundo, el caballero de Rastignac, casó con la heredera de la familia de Marcillac, y sólo tuvo de ella una hija, la cual casó con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauseant. Nosotros formamos la rama segunda, rama tanto más pobre cuanto que mi tío segundo, vice almirante, perdió toda su fortuna al servicio del rey. El gobierno revolucionario no quiso reconocer nuestros créditos en el momento de liquidar con la compañía de las Indias.

— Su señor tío de usted ¿no mandaba el *Vengador* antes de 1789?

— Precisamente.

— Entonces debió de conocer á mi abuelo, que mandaba el *Warwick*.

Encogióse de hombros Máximo y miró á la señora de Restaud, como diciéndole: « Si se pone á hablar de marina con ése, estamos perdidos. » Anastasia comprendió la mirada del señor de Trailles, y son-

riendo con esa admirable fuerza de voluntad que tienen las mujeres, le dijo:

— Máximo, venga usted conmigo, que tengo que hacerle un encargo... Señores, dejamos á ustedes navegando juntos en el *Vengador* y en el *Warwick*.

Levantóse é hizo á Máximo una seña, en la que significaba la burla de aquella traicioncilla. Ambos se dirigieron hacia el cuarto tocador. Apenas la pareja *morganática* — bonita expresión alemana, que no tiene equivalente en francés — había llegado á la puerta, cuando el conde interrumpió la conversación con Eugenio.

— ¡Anastasia! haz el favor de quedarte, querida; ya sabes que...

— Vuelvo en seguida, vuelvo, interrumpió la fugitiva. Sólo necesito un momento para explicarle á Máximo el encargo que tengo que hacerle.

Pronto regresó. Como todas las mujeres que, obligadas á estudiar el carácter del marido para hacer su propio gusto, saben muy bien hasta dónde pueden ir sin perder una confianza preciosa, y jamás le contrarían en las mil pequeñeces de la vida, la condesa había notado en el tono del conde que el tocador no les ofrecía seguridad alguna, y como el causante de aquella contrariedad era Eugenio, la condesa tomó una actitud é hizo un gesto tan lleno de despecho señalando al estudiante, que Máximo, dirigiéndose á los tres, dijo muy epigramáticamente:

— Están ustedes muy ocupados, y no quiero interrumpirles: adiós.

Y se retiró.

— ¡Quédese usted, Máximo! gritó el conde.

— Venga usted á comer, exclamó la condesa, quien, dejando solos una vez más á Eugenio y al conde, siguió á Máximo hasta el primer salón, en el que permanecieron el tiempo que creyeron menester para que el conde despidiera á Eugenio.

Oíales Rastignac charlar y reír alternativamente, callando luego; pero el muy ladino del estudiante entretenía al señor Restaud, ora con chistes, ora discutiendo con él. Proponíase hablar nuevamente á la condesa y saber cuáles eran sus relaciones con el tío Goriot. Aquella mujer, visiblemente enamorada de Máximo, aquella mujer, que gobernaba á su marido á su antojo, y unida por lazos secretos al ex-fabricante de fideos, parecía todo un misterio. Quería penetrar ese misterio, esperando de esa manera poder reinar como dueño absoluto sobre aquella mujer tan eminentemente parisiense.

— ¡Anastasia! dijo el conde, llamando de nuevo á su mujer.

— Vaya, mi pobre Máximo, dijo ella al joven, hay que resignarse. Hasta la noche...

— Espero, *Nasia*, dijo Máximo, que despedirás á ese pollo, cuyos ojos echan chispas cuando se fijan en tu descote. Se te va á declarar, nos va á comprometer, y me obligarías á matarle.

— ¿Estás loco? replicó la condesa. No hay mejor pararrayos que un estudiantillo de éstos. Haré que el conde le tome entre ojo.

Soltó Máximo una carcajada, y salió, seguido de la condesa, la cual se asomó á la ventana para verle

agitando el látigo en el pescante y haciendo piafar el caballo.

No se entró hasta que la verja quedó cerrada de nuevo.

— Oye, querida, le dijo el conde cuando volvió, las tierras de la familia del señor, y en las que vive, están en el Charente, cerca de Verteuil, y un tío segundo del señor y mi padre eran amigos.

— Celebro tanto, dijo distraidamente la condesa, que seamos antiguos conocidos.

— Más de lo que usted cree, dijola en voz baja Eugenio.

— ¿Cómo? replicó Anastasia vivamente.

— Porque, siguió diciendo el estudiante, he visto salir de aquí á un sujeto que vive conmigo, en la casa de huéspedes, pared por medio: el tío Goriot.

No bien oyó aquel nombre, adornado con tal palabra, el conde, que estaba arreglando con las tenazas la lumbrera de la chimenea, las tiró en el fuego como si le hubieran quemado las manos, y, levantándose, exclamó:

— ¡Caballero, bien pudiera usted haber dicho el señor Goriot!

Al pronto palideció la condesa al ver el disgusto de su marido, luego se sonrojó, sin poder disimular su turbación. En seguida añadió, procurando, aunque en vano, aparecer sosegada y hasta indiferente:

— Es imposible conocer á alguien á quien queramos más...

Se interrumpió, y como si de pronto se le ocurriera un capricho, miró al piano y dijo:

— ¿Es usted aficionado á la música?

— Mucho, contestó Eugenio, á quien la confusa noción de haber cometido una inconveniencia de grueso calibre había dejado ruborizado y corrido.

— ¿Canta usted? añadió dirigiéndose al piano y recorriendo con el dedo índice el teclado de extremo á extremo.

— No, señora.

El conde de Restaud se paseaba de arriba á abajo.

— Es lástima, se ha privado usted de un gran medio de obtener éxitos.

Y se puso á cantar:

Ca-a-ro, ca-a-ro, non du-bi-ta-re.

Al pronunciar el nombre del tío Goriot, Eugenio había producido un efecto mágico, pero totalmente contrario al de aquellas palabras de la condesa: *pariente de la señora de Beauseant*. Hallábase en una situación parecida al que, presentado en el museo de un aficionado de antigüedades, se acercara á un armario lleno de estatuillas y dejara caer dos ó tres cabezas mal encoladas. Hubiera querido hundirse en un abismo. Veíase en el rostro de la señora de Restaud una frialdad mal disimulada, y en la mirada, ahora indiferente, advertíase la tendencia á huir de la del estudiante.

— Señora, dijo, usted y el señor de Restaud tienen que hablar. Estoy á sus pies y con su permiso...

— Siempre que usted venga, dijo precipitadamente

la condesa, deteniendo al estudiante con un gesto, nos dará usted una verdadera satisfacción al señor de Restaud y á mí.

Eugenio saludó profundamente, y se retiró, seguido del señor de Restaud, el cual, á pesar de sus protestas, le acompañó hasta la antesala.

— Cuando venga ese señor, dijo el conde á Mauricio, que no estamos en casa, ni la señora ni yo.

Al llegar Eugenio á la puerta, advirtió que llovía.

— Estamos bien, pensó; he venido á esta casa á cometer una tontería cuya causa y cuyo alcance ignoro, y por añadidura voy á estropear mi frac y mi sombrero. ¡Cuánta mejor cuenta me tendria estarme en mi cuarto arreando de firme con el Derecho y pensando tan sólo en ser con el tiempo un buen magistrado! ¡Qué voy á ganar en estas lides cuando para alternar con tales gentes necesito unos cuantos carruajes, lustrosas botas, buena ropa, cadena de oro, guantes blancos de á seis francos por la mañana y guantes amarillos por la noche? ¡Qué demonio de tío Goriot!

Cuando estuvo bajo la puerta de la calle, el cochero de un carruaje de alquiler, que al parecer acababa de dejar en su nido á dos recién casados, y que aprovecharía gustoso la ocasión de robarle á su amo alguna carrera de contrabando, al ver á Eugenio vestido de negro, botas bien embetunadas, guantes amarillos y sin paraguas, le hizo señas ofreciéndole su coche, Eugenio hallábase en aquel momento dominado por uno de esos despechos concentrados que empujan á

un joven hacia el abismo en que ya ha comenzado á rodar como si esperara hallar en el fondo la mejor salida; así es que admitió el ofrecimiento del cochero, significádoselo por un movimiento de cabeza. Subió al coche, en el cual aún se veían algunas hojas de azahar y trozos de canutillo, vestigios de la pareja amorosa que allí había ido sentada.

— ¿Dónde? preguntó el cochero, el cual se había despojado ya de sus guantes blancos.

— ¡Caramba! se dijo Eugenio. Ya que me he metido en esto hay que sacar de ello algún partido... ¡Al hotel de los señores de Beauseant! añadió en voz alta.

— ¿A cuál? preguntó el cochero.

Palabra sublime que confundió á Eugenio. Aquel elegante improvisado ignoraba que había dos palacios de Beauseant; desconocía cuán rico era en parientes que para nada se acordaban de él.

— Vizconde de Beauseant, calle de...

— De Grenelle, dijo el cochero inclinando la cabeza é interrumpiéndole. Sabe usted qué como hay también el palacio del conde y del marqués de Beauseant en la calle de Santo Domingo, añadió mientras levantaba el estribo.

— Estoy enterado, contestó secamente Eugenio. ¡Todo el mundo hoy se burla de mí! se dijo tirando el sombrero sobre los cojines delanteros. Pues lo que es esta escapatoria, me va á costar el rescate de un rey. Pero al menos voy á visitar á mi prima, ó lo que sea, de un modo verdaderamente aristocrático. ¡Ese bribon de Goriot me lleva costado más de diez francos! Voy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

á contarle mi aventura á la señora de Beauseant, y acaso la haga reír. Sin duda estará al tanto de los misteriosos líos criminales que median entre esa vieja rata rabona de Goriot y la hermosa condesa de Restaud. Después de todo, más cuenta me tendrá hacerme simpático á mi prima que chocar con la de Restaud, la cual, por otra parte, me parece demasiado costosa. Si tanto vale, según he visto ha poco, el nombre de mi prima, ¿cuánto valdrá su persona? Empecemos, pues, por arriba, que el que algo quiere del cielo debe pedirlo á Dios.

Estas palabras son la fórmula breve de los mil y un pensamientos que hervían en el cerebro de nuestro estudiante. Fué recobrando la calma y adquiriendo aplomo poco á poco, mientras veía caer la lluvia. Pensó entonces que iba á gastar las dos monedas de cinco francos que le quedaban, las cuales estarían mucho mejor empleadas en arreglarse la ropa, las botas y el sombrero, y no oyó á su cochero gritar alegremente: *¡Hagan el favor de abrir la puerta!* Un criado de portería, vestido de rojo y dorado, hizo girar sobre sus goznes la puerta del palacio, y Rastignac vió con dulce satisfacción que el coche que le conducía entraba en el patio, daba la vuelta y se detenía al pie de la escalera. El cochero, que vestía una hopalandá ó largo sobretodo de tela azul con vivos encarnados, saltó del pescante y fué á desdoblar el estribo. En el momento de bajar Eugenio del coche oyó risas ahogadas que partían de la entrada de los salones en la planta baja. Tres ó cuatro ayudas de cámara habíanse ya mofado de aquel carruaje de

novia vulgar. El estudiante, que en aquel momento fijaba la atención en un carruaje que junto al suyo estaba, comprendió su situación oyendo aquellas risas. Aquel otro coche era uno de los más elegantes cupés de París. Tiraban de él dos fogosos caballos muy bien empenachados, que tascaban el freno, y á los que un cochero empolvado y encorbatado tenía sujetos como si hubieran tratado de escaparse. En la Chaussée d'Antin, la señora de Restaud tenía en su patio el elegante cabriolé del hombre de veintiséis años. En el arrabal Saint-Germain esperaba el lujo de un gran señor, un tren que treinta mil francos no habrían pagado.

— ¿Quién estará aquí? se preguntó Eugenio, comprendiendo, aunque un poco tarde, que las señoras parisienses solían estar todas comprometidas, y que la conquista de una aquellas reinas había de costar más que sangre. ¡Diantre! ¿Tendrá también mi prima su Máximo?

Subió la escalinata con la muerte en el alma. Abrióse ante él la puerta, y encontróse en presencia de lacayos tan graves como asnos á quienes están cepillando. La fiesta á que noches antes asistiera se había dado en los salones situados en la planta baja del palacio de Beauseant, y, como en el tiempo que medió entre la invitación y el baile no había visitado á su prima, desconocía las habitaciones de la vizcondesa; iba pues á ver por vez primera las maravillas de esa elegancia personal que pone al descubierto el alma y las costumbres de una mujer de distinción. Estudio doblemente curioso, porque podía tomar como

término de comparación lo que había visto en casa de la señora de Restaud.

A las cuatro y media, la vizcondesa estaba visible, pero cinco minutos antes no hubiera recibido á su primo. Eugenio, que no entendía de estas etiquetas parisienses, penetró, siguiendo á un criado, por una escalera cubierta de flores, de piso blanco, barandilla dorada y alfombra encarnada, hasta la sala de la vizcondesa de Beauseant, de la cual, aunque su parienta, ignoraba la biografía verbal, historia variable que andaba, como tantas otras, de lengua en lengua por los salones de París.

Hacia tres años que vivía la vizcondesa en íntimas relaciones con uno de los más célebres y más ricos magnates portugueses, el marqués de Ajuda Pinto. Esta unión era de las de cierto género inocente, pero que unen de tal suerte y con tales atractivos, que los dos que en ella entran, en manera alguna pueden sufrir la participación de un tercero, por lo que el vizconde de Beauseant había dado ante el público ejemplo de respetar, con agrado ó sin él, aquella unión morganática. Las personas que á las dos de la tarde iban á visitar á la vizcondesa, en los primeros días de sus nuevas relaciones, hallaban al marqués de Ajuda Pinto en su compañía, y aunque á nadie cerraba la puerta, lo cual, por otra parte, habría sido poco discreto, recibía á todos con tal frialdad y miraba tantas veces al techo, que pronto comprendieron los visitantes que estorbaban. Esparcióse prontamente la noticia, y la señora de Beauseant pudo disfrutar todos los días, de dos á cuatro, de la más absoluta soledad, es decir,

liberidad. A los Bufos y á la Opera iba acompañada por su marido y por el marqués de Ajuda Pinto, pero el vizconde, como hombre correcto y avisado, se despedía de su mujer y del portugués una vez instalados éstos en su palco.

Estaba próximo á casarse el señor de Ajuda Pinto; su futura era la señorita de Rochefide. En toda la alta sociedad, sólo una persona ignoraba aún la noticia, y aquella persona era la vizcondesa de Beauseant. Algunas de sus amigas se habían referido vagamente á la proyectada boda en su presencia, pero lo había tomado á risa creyendo que se trataba tan sólo de perturbar aquellos amores que la hacían feliz y, por tanto, envidiada. Y, sin embargo, las amonestaciones iban á correrse en breve. Aunque había venido para notificar aquella boda á la vizcondesa, el elegante portugués no soltaba la primera palabra acerca del asunto. ¿Por qué? Porque no hay nada tan difícil como presentar á una mujer semejante *ultimatum*. Algunos hombres preferirían encontrarse frente á un enemigo, espada en mano, á tener que habérselas con una amante que llora, se desespera y acaba por desmayarse. Por eso al llegar Eugenio hallábase el marqués sobre ascuas y buscaba un medio de salir de aquel salón, pensando en sí mismo que la noticia llegaría á oídos de la vizcondesa, y que entonces le escribiría, pareciéndole mucho más cómodo cometer aquella especie de asesinato amoroso por escrito que de palabra. Cuando el ayuda de cámara anunció al señor de Rastignac, el marqués de Ajuda Pinto no pudo contener un movimiento de satisfacción.

No hay que olvidar que una mujer que ama aguza más su ingenio para crearse dudas que para variar sus placeres. Cuando se halla á punto de ser abandonada, adivina la significación de un gesto más rápidamente que olfateaba el corcel de Virgilio desde lejos los corpúsculos que le anunciaban el amor. Puede, por tanto, tenerse como seguro que la vizcondesa de Beauseant sorprendió aquel ligero movimiento involuntario, pero cándidamente espantoso. Eugenio ignoraba que nadie debe presentarse en una casa de París sin que antes le hayan referido los amigos de la familia la historia del marido, de la mujer y de los niños, con objeto de no cometer una de esas indiscreciones de las que dicen, en frase muy pintoresca, los polacos *enganche usted cinco bueyes en el carro*, significando que son necesarios para sacar al atascado del *atolladero*. Si esas desgracias de la conversación no tienen aún nombre apropiado en Francia, es que se las supone imposibles, por la enorme publicidad que alcanza la murmuración. Sólo Eugenio era capaz de presentarse en casa de la señora de Beauseant, después del percañe que le había ocurrido con la condesa de Restaud, la cual ni siquiera le había dado tiempo de enganchar los cinco bueyes para desatascarse. Verdad es que, si había contrariado horriblemente á la condesa y á Máximo de Trailles, en cambio venía á sacar de una situación difícil al marqués de Ajuda Pinto.

— Adiós, dijo el portugués, apresurándose á retirarse al mismo tiempo que entraba Eugenio en el elegante saloncillo, gris y rosa, en el que el lujo parecía sencillamente elegancia.

— Pues hasta la noche, dijo la señora de Beauseant, volviendo la cabeza para mirar al marqués. ¿No vamos á los Bufos?

— No me es posible, contestó con la mano puesta ya en el botón de la puerta.

Levantóse vivamente la señora de Beauseant, le llamó cerca de ella, sin cuidarse en lo más mínimo de Eugenio, quien, en pie, aturdido por el centelleo de una riqueza asombrosa, creía en la realidad de los cuentos árabes, y no sabía dónde meterse al encontrarse en presencia de aquella mujer que ni siquiera había advertido la suya. La señora de Beauseant indicaba gentilmente al marqués, con el índice de la mano derecha, un sitio á su lado. Puso en este ademán tal cantidad en apasionado despotismo, que el marqués dejó el botón de la puerta y retrocedió hasta la vizcondesa. Eugenio les contempló, no sin envidia.

— ¡De manera que ése es el hombre del carruaje que abajo espera! ¿Es, pues, indispensable, para atraer las miradas de una dama parisiense, tener el pelo rizado, lacayos con librea y ríos de oro?

El demonio del lujo mordióle el corazón, dióle la fiebre del lucro, y la sed de oro le secó la garganta. Disponía de ciento treinta francos por trimestre. Su padre, su madre, sus hermanas y hermanos y su tía gastaban, para todos, doscientos francos mensuales escasos. Esta rápida comparación entre su situación presente y el fin propuesto aumentó su estupor.

— ¿Por qué no puede usted ir á los Italianos? preguntó riendo la condesa.

— Tengo que hacer. Como con el embajador de Inglaterra.

— Puede usted despedirse temprano.

Cuando un hombre engaña, se ve fatalmente obligado á acumular mentira sobre mentira. El marqués de Ajuda exclamó sonriendo :

— ¿Lo exige usted?

— Sí por cierto.

— Precisamente eso deseaba oír, respondió mirándola de un modo que hubiera tranquilizado á cualquier otra mujer.

Tomó la mano de la condesa, se la besó, y salió.

Arreglóse Eugenio los cabellos con la mano y se hizo un garabato para saludar, creyendo que la señora de Beauseant iba á dirigirse á él. Se llevó chasco. La de Beauseant levantóse con violencia, precipitóse en la galería, se asomó á la ventana, y estuvo viendo al marqués subir al coche. Escuchó atentamente, y oyó al lacayo de recados decir al cochero, repitiendo la orden de su amo : « A casa del señor de Rochefide. » Palabras que, unidas á la manera de arrellanarse Ajuda en el coche, le hicieron el efecto de un rayo que hubiera caído á sus pies; volvió presa de mortales angustias. A esto suele reducirse á veces una gran catástrofe en las altas esferas sociales.

Retiróse la vizcondesa á su alcoba, sentóse ante una mesa, y tomó un elegante plieguecillo de papel y escribió :

« Puesto que come usted en casa de Rochefide y no en la embajada inglesa, me debe usted una explicación. Quedo esperándole. »

Después de haber enmendado algunas letras, que por el convulsivo temblor de la mano que las trazara habían quedado bastante desfiguradas, firmó con C, que quería decir *Clara de Borgoña*, y llamó.

— Santiago, dijo al ayuda de cámara que acudió en seguida, vaya usted á las siete y media á casa del señor de Rochefide y pregunta usted por el marqués de Ajuda. Si está, hará usted que le entreguen este billete, y no espere usted respuesta; pero si no está, volverá usted y me lo traerá.

— La señora vizcondesa tiene visita.

— ¡ Ah! ¡ es verdad! exclamó abriendo la puerta.

Eugenio empezaba á estar muy disgustado; por fin vió á la vizcondesa, que le dijo con un tono cuya emoción le llegó á lo íntimo del corazón :

— Perdone usted, caballero; tenía que escribir cuatro letras. Desde ahora estoy á su disposición.

No sabía lo que se decía, porque pensaba lo siguiente: « ¿ Conque quiere casarse con la señorita de Rochefide? ¿ Pero acaso es libre él? Esta noche quedará roto ese enlace ó yo... Mañana no se acordará de tal cosa. »

— Prima... empezó á decir Eugenio.

— ¿ Eh? exclamó la vizcondesa dirigiéndole una mirada, de soberbia tal, que le dejó cortado.

Eugenio comprendió aquel ¿ eh? Desde hacía tres horas había aprendido tantas cosas, que ya estaba en guardia.

— Señora... repuso, sonrojándose.

Vaciló, y después dijo continuando :

— Perdóneme usted; necesito tanta protección, que me venía muy bien un poco de parentesco.